

## Secretos de infancias en ficciones argentinas

POR CRISTINA BLAKE

---

**Resumen:** Los secretos y las infancias se entretajan en la literatura para niños dando cuenta de modos de accesos a la invención. Especialmente, en la literatura argentina para niños los secretos de infancias son un tópico presente que muestra las fronteras entre lo propio, lo ajeno y lo interpersonal que un niño construye como esferas de su intimidad.

En este artículo presentamos un corpus de textos de literatura infantil argentina que se adentra en la dimensión ficcional de los secretos. A partir de ellos planteamos tres núcleos de análisis que permitirán delinear diversos itinerarios de lectura: la tematización literaria de los secretos, su carácter relacional con el mundo externo y la multiplicidad de capas del yo.

**Palabras clave:** secretos, infancias, literatura argentina, itinerarios de lectura.

**Abstract:** *Secrets and childhood are interwoven in children's literature accounting for modes of access to invention. Especially in children's Argentinian literature, secrets from childhood are a topic that shows the boundary between a child's own world, someone else's and interpersonal relationships, which children build as spheres of their privacy. In this article, we present a corpus of Argentinian children's literature that delves into the fictional dimensions of secrets. Based on this corpus, we consider three cores of analysis that will allow us to delineate different reading paths: the literary thematization of the secrets, their relational role with the external world, and the multiple layers of the ego.*

**Keywords:** *Secrets, childhood, Argentinian literature, reading paths.*

ENFOQUES: DOSSIER N° 2

## INFANCIAS EN FICCIONES

Tensiones y resistencias en el campo de la  
literatura para niños y niñas

Dir. Mila Cañón



### Secretos de infancias en ficciones argentinas

Cristina Blake<sup>1</sup>

Los secretos ocupan un lugar privilegiado en la literatura, particularmente en la literatura argentina para niños, donde se deslizan para dar cuenta del modo en que el niño construye su representación del mundo, configura su subjetividad con otros y es representado históricamente por un adulto. En todos los casos, los secretos se presentan en la literatura como una puerta de entrada hacia una zona intermedia entre lo visible e invisible, entre lo objetivo y lo subjetivo, entre lo ajeno y lo propio, por lo tanto, ingresamos con ellos hacia una zona de pasaje y de incertidumbre donde se puede alojar la invención. Así, la literatura una vez más nos interpela a pensar sobre nuestro propio mundo en los umbrales del ser, del parecer, del ocultar, del develar(se) y nos acerca posibles respuestas.

Desde el mismo momento que somos lectores de literatura habitamos el

---

<sup>1</sup> Profesora y Licenciada en Letras (UNLP) y Magister en LIJ (UAB). Es JTP de "Didáctica de la Lengua y la Literatura II" (UNLP), Adjunta de "Formación y prácticas docentes II", Directora de la Licenciatura en Enseñanza de la Lengua y la Literatura e investigadora del CELIT –EH- UNSAM, Argentina. Correo electrónico: cristinaeblake@gmail.com

mundo de los secretos, el nuestro, el de los personajes, el de los narradores, rasgo que en su libro *Una infancia en el país de los libros* (2008), Michèle Petit des-oculta recuperando la voz de una “personita” que le dijo: “la lectura es tu pequeño secreto” (p.12).

Es cierto que el lector de literatura guarda un secreto al inmiscuirse en historias y versos que nos llevan a lugares nuevos, nos desplazan estando estáticos y somos cómplices de una narrador que con sus “confesiones” nos devela las difusas fronteras entre lo íntimo, lo privado y lo privativo.

Los secretos forman parte del territorio de la infancia y se abonan a través de los juegos como la búsqueda del tesoro, las escondidas, el regalo envuelto, el “no está...acá está...”. En ellos el niño explora aún más la relación entre la identidad y la corporeidad y se vincula con el sentido etimológico de la palabra “secreto” que deriva del latín *secretus* (RAE, 1992): “lo que cuidadosamente se tiene reservado y oculto” (p.1853).

Por otra parte, el fenómeno del secreto se ubica en lugares que nos rodean y en prácticas culturales cotidianas: desde escondites, túneles, pasadizos, puertas falsas, cuartos secretos, cajones, cajas y escondrijos para guardarlos; hasta rituales secretos que tienen una importancia especial para sus portadores. En algunos espacios secretos nos volvemos literalmente invisibles para los demás en busca de soledad, cobijo y seguridad. Pues, los secretos pulsan una fuerza de salirse estando donde nos instalamos fuera del mundo exterior y, a su vez, nos adentramos en el misterio de la mismidad.

Con estas características el secreto adopta muchas formas que en la literatura infantil argentina pudimos analizar en un corpus de textos que detentan diversos mecanismos ficcionales.

## La tematización literaria de los secretos

En la literatura argentina cabe mencionar tres textos que tienen como principio constructivo ficcional a los secretos: la novela *Secretos de familia* (1995) de Graciela

Cabal, el libro- álbum *Secreto de familia* (2012) de Isol y la novela epistolar *Una casa de secretos* (2012) de Paula Bombara. En ellos identificamos secretos que se ocultan a los padres o a los amigos, lugares privados donde esconder algo o esconderse, secretos de visiones incomprensibles, secretos confesados, traicionados y significativos que se comparten con otros. En este apartado nos remitiremos al primer texto citado.

La precursora ha sido Graciela Cabal con su novela *Secretos de Familia* (1995), en la cual tematiza los secretos que circundaban a una niña desde sus dos años y medio hasta que finaliza la escuela primaria. Desde el soliloquio de una niña narradora conocemos sus percepciones y sentimientos ante el impacto de un mundo que muchas veces se le presenta hostil. Pero en su palabra interna, que sólo externaliza a sus lectores, comparte inicialmente lo que no puede o no quiere que sepan los adultos, hasta que luego ella misma recibe secretos de su clan. En una especie de poética del secreto, la narradora niña, con su humorístico discurso, permite que el lector asista a la configuración de su subjetividad pasando por un relato catárquico y autorreflexivo. Al otorgar voz a la niña Graciélita en una novela autobiográfica dedicada a los secretos, Cabal nos entromete en la interioridad infantil.

Si recuperamos tres escenas de la novela en que la niña tiene diferentes edades podemos distinguir entre el secreto personal o reserva y el secreto social. Fue Immanuel Kant (1988) quien planteó la diferencia entre ambos, pues reconoce en la reserva o secreto personal, una situación en que mantenemos cosas ocultas de otros. Ya sea cuando decidimos no hablar sobre alguna mala conducta, o bien, cuando simplemente nos guardamos sentimientos personales en vez de comentarlos con los demás. En cambio, el secreto social alude a las cosas que guardamos dentro que nos han dicho otros y sobre las cuales nos han pedido que atesoremos en silencio.

El secreto personal o reserva es la tendencia de ocultar pequeñas faltas o defectos, ese ocultamiento deviene en disimulo cuando se enmascara bajo una falsa apariencia. Por lo tanto, los secretos se pueden disfrazar en disimulos, como explícitamente, Graciélita confiesa en el siguiente fragmento:

Cuando mi papá llega yo me hago la dormida, por si acaso. Mi mamá le cuenta y mi papá dice que mi mamá es la culpable por lo mal que me educó, y que mañana me va a llevar él en persona a la escuela, y que me va a dejar, sí o sí.

¡Como que me llamo Arturo!, dice.

Y yo pienso: “Arturo, soquete duro”. Pero me hago la dormida, por si acaso (Cabal 1995: p.59).

De esta manera, este secreto personal de la protagonista resguarda su deseo de no ir “nunca” a la escuela e irrumpe disimulando un estado diferente al real.

En otras instancias de su relato el secreto se comparte y transforma en un secreto social que instala un mecanismo vincular, pues compartir un secreto tiende a unir a las personas. Ese es el pacto entre Gracielita y su abuela, con quien mantiene una relación íntima y en uno de sus encuentros meta-analiza cómo está instalada una lógica del secreto en su casa:

En la familia de nosotros hay secretos terribles. Yo mucho no puedo enterarme porque soy chica, porque son secretos y porque son terribles. /Por ejemplo/ (...) De tanto que la amaban a mi abuela, dos hombres se mataron. Si yo no cuento nada a nadie – porque es un terrible secreto de familia-, Gran Mamá me va a mostrar las fotos de los que la amaban con locura. Yo le juro sin cruzar los dedos pero ella me dice que jurar es pecado. Yo no entiendo (p. 84).

La niña va creciendo y nos hace saber a los lectores cómplices sus secretos personales y sociales. Pero en el siguiente diálogo podemos reconocer cómo, en torno a algunos secretos de los adultos, los niños entran sus propias especulaciones secretas, se instalan en sus costumbres, sus culturas y su vida social, reproduciéndolas. Tal es el caso cuando Gracielita está contaminada por los secretos de los adultos y aprende a reservar los suyos:

“Esta nena lo que necesita es ir al mar”. Dice mi tío Vicente. “Ja”, dice mi mamá. “Y aprender a nadar”, dice mi tío Vicente. “Ja”, dice mi mamá. “Pero lo que más necesita esta nena es... un hermanito”, dice mi tío Vicente. “Eso, eso”, pienso yo. Y mi mamá no dice “Ja” a mi tío Vicente, le cuenta cosas en la oreja (¿Terribles secretos de familia le cuenta?).

“Secretos en reunión es mala educación”, digo yo.

“Secretos en la infancia no tienen importancia”, me dice el tío Vicente.

Entonces yo me ofendo, pero no digo nada porque tengo que mirar un cuadro lindo, que me da miedo en la barriga (p. 128).

El secreto visibilizado por la niña entre el tío y su madre la ofende, la violenta, la deja afuera y la obliga a reconocer que ese secreto es privativo para ella. Por lo

tanto, defiende el suyo (tener un hermanito) pero ahora fingiendo que cumple con un mandato. De ese modo el secreto se acerca a la mentira y en el acto de ocultar hay uno nuevo: crear la falsa apariencia de que somos diferentes respecto de cómo somos realmente. Eso sucede por medio de la pretensión o el arte del fingimiento.

La experiencia del secreto marca desde la infancia una trayectoria de elecciones éticas por las cuales según Kant (1998), “los secretos personales son más fáciles de guardar, mientras que los secretos sociales poseen una vía de salida y hace falta fuerza para evitar que los traicionemos” (p. 224). Posiblemente, esta es la causa por la cual Gracielita siente miedo y le duele la barriga.

Por otra parte, según el sociólogo alemán Georg Simmel (1986) la experiencia del secreto ofrece una realidad de vida mucho más compleja: “la posibilidad de un segundo mundo junto al mundo manifiesto, y este último recibe una decisiva influencia del primero” (p. 307). Una vez que las personas son capaces de guardar secretos, comienzan a vivir en dos mundos. Y más aún, este segundo mundo influye profundamente sobre la realidad primaria. Nuevamente, la voz de Gracielita nos muestra esta influencia cuando se internaliza el secreto personal y el secreto social dentro de su realidad infantil cotidiana:

Hoy me enteré de muchas cosas horribles, espantosas, que no puedo contar a nadie. Son secretos de mujeres y también de familia.

Y me lo dijo Gran Mamá, porque había llegado el momento.

Primero: Camila se volvió loca por lavarse la cabeza con eso.

Segundo: la sangre me va a salir TODOS LOS MESES, TODOS LOS MESES DE MI VIDA, hasta que me muera o poco antes. (p. 267)

## **El carácter relacional de los secretos**

En definitiva los secretos son siempre relacionales. Los secretos son interpretaciones de las relaciones humanas así como interpretaciones de la relación de la persona con su propio yo o su vida interior. Ocultar a alguien un secreto, o bien compartirlo, implica inicialmente que estoy en relación con esa persona. La experiencia del secreto altera o complica las relaciones, altera profundizando una sinceridad recíproca o nubla una transparencia en la relación. Por ende, los secretos raramente nos dejan indiferentes.

Desde su carácter relacional, Van Manen y Levering (1999) diferencian tres formas de secreto entre las personas, que hemos hallado ficcionalizadas en la literatura infantil argentina, ya sea por medio de la voz y la mirada del niño, o bien por la voz adulta que ubica a un niño como protagonista. Nos referimos a: el secreto existencial, el secreto comunicativo y el secreto personal.

En *Secreto de familia* (2012) de Isol, la anónima niña in media res confiesa su secreto existencial: “Tengo un secreto: mi madre es un puercoespín, en realidad”. Enunciado que la ilustración deja en paradoja dado que la madre dibujada nada tiene de animal. Así, los lectores estamos frente a un secreto existencial que según Van Manen y Levering (1999) se define:

...cuando no comprendo a alguien y puedo sentir que esa persona es un secreto para mí, un secreto que me gustaría develar pero que en cierto modo permanece cerrado a mis poderes de interpretación. Es un misterio que nunca puede revelarse o develarse totalmente (p. 29).

Si bien la niña en un momento asevera: “pero a mí ya no me engañaba. Yo lo había descubierto. Ella es un puercoespín por las mañanas” (Isol, 2012), el secreto se le mete en el cuerpo, se siente nerviosa, no concilia el sueño o se duerme en alerta porque de mañana ella también se ve como un puercoespín y esto se reproduce en otros.

La revelación del secreto existencial está en el final: “ay, hijita, qué rara eres-dice mamá” y ella responde “-No tanto, mamá, no tanto- digo yo”. Ese “tanto” además de explicitar la comparación con su madre, cuantifica la distancia vincular entre ambas y declara que aún su madre es un misterio para ella.

El secreto comunicativo tiene que ver con ciertas cosas que se mantienen dentro o que se mantienen inarticuladas e inaccesibles desde el punto de vista de su interpretación. Tal vez uno de los más bellos ejemplos lo encontramos en el libro-álbum *Hay días* (2012) de María Wernicke donde una niña desambigua un secreto cuando lo comparte con su madre. La niña le muestra a su madre cómo algunas veces al acercarse al cordel, dos sábanas rojas que están extendidas para secarse al sol, le permiten traspasar la frontera entre su mundo cotidiano y un mundo más allá. Las

telas rojas son el vehículo para ese pasaje donde la niña encuentra a su padre (inferencia sólo icónica, nunca referida verbalmente) con quien nada, se abraza, no siente frío y está segura. La confesión del secreto se amplía con la declaración del deseo de querer que siempre su padre esté junto a ella. Un abrazo intenso entre madre e hija auspicia que su madre sea, luego, quien comparta su gemelo secreto de transmutarse entre telas, pero, de color verde y pasar a otro mundo que le permite saber y declararle a su hija que “Aunque no lo veamos siempre, siempre podemos buscarlo”. Con una economía de palabras que se combina con una ilustración minimalista, las imágenes amplifican significados. Así, Hay días comparte con los lectores un secreto comunicativo que se devela paulatinamente en una doble confesión que une privacidades.

En última instancia, el secreto personal existe cuando decidimos no compartir ciertos pensamientos con los demás. En este sentido, su marca es la intencionalidad, la persona elige mantener el silencio, ya sea porque no quiere, no puede o teme hacerlo. Así le sucede a Julia, en “¡Shhh! Secreto de espejo –Fábula” (2009) de Silvia Schujer, quien siempre reía y, por eso, su espejo reflejaba su sonrisa o carcajada antes de que entrara a ser reflejada. Pero, un día, Julia perdió uno de sus dientes de leche y esta terrible pérdida la hizo llorar desconsoladamente. Lo extraño sucede porque, aunque el espejo la escuchó llorar, reflejó automáticamente a Julia riendo. Ante el desajuste, Julia reduplicó su llanto para obtener otra reacción especular, pero nada cambió. Advirtió a sus padres sobre este espejo insolente pero, al escucharla, la consideraron, primero, un poco loca y luego, una enferma. Ella sabía que no era así. Hasta que poco a poco volvió a reír y el espejo volvió a reflejarla, pero ahora con mayor fidelidad hasta imita sus guiños o se toman de las manos. Julia sabe que éste es un secreto personal y, por eso, llega a esta conclusión: “- No hay de qué preocuparse-pensó. Y que mejor no contar a nadie el secreto, porque no cualquiera entiende que es posible tener un amigo dentro del espejo” (p. 64).

Los secretos personales tienen consecuencias en las relaciones interpersonales. Cuando los secretos se mantienen silenciados entre las personas, la interacción es menos abierta, menos íntima, menos espontánea. En cambio, cuando se comparten



secretos, cuando se develan y confían, la relación deviene más cercana, participativa e íntima.

### **Los secretos como multiplicadoras capas del yo**

La literatura infantil argentina ficcionaliza una diversidad de experiencias sobre la interioridad, la privacidad y el secreto que, sin pretender constituirse en teorías del yo, muestra en sus narraciones a niños representados que ante un secreto transitan la identificación de su yo, de otro yo o de un no-yo. Por eso, el psiquiatra francés Pierre Janet (1992) anuncia que

....el secreto es el nacimiento del “mundo interno” y que en este sentido los secretos tienen una función pedagógica porque son capaces de crear múltiples capas del yo y del espacio interno-externo que contribuyen a la formación de la identidad personal (p. 548).

Desde este punto de vista, revisitamos textos para observar los modos en que la identidad, la intimidad y la privacidad se manifiestan en múltiples capas del yo: el yo acosado, el otro yo, el yo siniestro, el yo íntimo, el yo plural, el yo ilícito. Identificamos estos distintos sentidos en las ficciones argentinas para niños que analizamos a continuación.

El yo acosado se revela en “El secreto de Amarú” (2006) de María Teresa Andruetto, donde los lectores conocemos los alcances de un secreto asfixiante para el niño Amarú, que posee una mancha en su cara en forma de ala de mariposa. Este niño inquieto de las tierras del lejano Temuco es testigo de cómo el dueño de la hacienda en que habitaba apuñala a una mujer. El amo del niño lo amenazó de muerte si se atrevía a vociferar esa verdad. Amarú juró que jamás lo contaría. Pero el secreto le apretaba la garganta, hasta que llegó a enfermarse. Decidió cavar un hueco junto a unas cañas recién taladas para confesarle su secreto a la tierra. Desde esa noche las cañas crecieron y cuando se mecen por el viento, son ellas las que confiesan al aire su secreto.

Este secreto no deja de existir, pero se hace inteligible para quienes podrían condenar o tomar represalias con su confesante. El ahogo mutó para mantener el secreto y dejar que Amarú sea quien anhela ser.

El otro yo se presenta en el arte como el cómplice secreto, como un yo escindido que vigila a su doble para no traicionar al primero. Claro ejemplo hallamos en *Tengo un monstruo en el bolsillo* (1988) de Graciela Montes, donde la niña Inés se siente “marcada” por sus amigas, pues su padre, aunque trabaja mucho, no gana lo suficiente como para irse de vacaciones o tener un vestido distinto en las fiestas de cumpleaños y escolares. Como ella no puede reaccionar como quisiera frente a estas injusticias sociales, su monstruo aparece y crece amenazando ese “cosmos”. La relación especular entre Inés y su monstruo se sostiene en todo el texto. Cuando el monstruo comienza a tener autonomía, Inés no puede controlarlo. Se rompe la simbiosis y ella dice: “por primera vez, empecé a pensar que podía llegar a ser un poco incómodo tener un monstruo en el bolsillo... decidí que no quería llevarlo conmigo a la escuela. Porque me iba a pesar” (p. 38).

También Inés y su monstruo, su monstruo e Inés, nos testimonian un yo siniestro, porque la niña en el secreto reprime su identidad. Los secretos siniestros se reprimen porque nos hacen sentir vergüenza o culpa. Siempre retratan las pasiones encendidas y las virtudes implicadas en las intrigas del secreto entre las relaciones familiares y amorosas. Por eso, Inés convive durante un buen tiempo con su monstruo, que se transforma en diferentes circunstancias y es su yo siniestro que nunca pudo compartir con nadie.

En la novela *Una casa de secretos* (2012) de Paula Bombara, la familia De Vitta tiene signada la vida de cada uno de sus integrantes en el intento de dilucidar los secretos que varias generaciones antecedentes han ocultado. Todo surge a partir de una encomienda enviada desde Francia por la tía Charlote, que contiene una caja de muñecas, con miniaturas y unas cartas de Odile. El secreto confesado que contiene el diario íntimo fechado entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX posibilita que el yo íntimo de Odile sea revelado, gracias a sus familiares lectores. Pues, el yo íntimo se manifiesta cuando el secreto se convierte en una fuerza de conexión entre el yo y

alguien que lo comparte. Este secreto compartido permite a un personaje descubrir su verdadero lugar, pero sólo a partir de ser conocido por otros.

Simultáneamente, la novela enhebra otros secretos que se revelan por la recuperación de la memoria familiar que realizan los padres en su viaje a París, y en Buenos Aires hay nuevos secretos que se reconocen cuando los hijos y la tía reconstruyen la casita, abren cerrojos e identifican funciones de las miniaturas. Emerge un yo múltiple, dado que los secretos en esta familia son un factor de unidad histórica, que halla en los fragmentos de París y de Buenos Aires auto-identidades plurales y, a la vez, una identidad de cada personaje en relación interdependiente con los otros.

El yo ilícito refiere al secreto cuando proporciona otro mundo que normalmente se guarda en segundo lugar, pero que puede usurpar el lugar del primero. En la literatura muchas veces se configura en el amor ilícito y así se plantea en *Un cuento de amor en mayo* (2010) de Silvia Schujer, novela breve que relata el vínculo amistoso y amoroso entre Clara, hija de una familia tradicional en tiempos de la Revolución de Mayo, y Chicombú, un niño huérfano, hijo de un esclavo liberto y contestatario. Entre ellos los encuentros median por una pintura de encargo de la cual el niño negro es su autor. El primer secreto que comparten es que él había perdido su capacidad de pintar y ella pretendía rebelarse a los mandatos y encierros impuestos por sus padres. El yo ilícito de ambos los hace escaparse juntos sabiendo que más allá de huir siendo niños en medio de una revolución, lo prohibido es el vínculo entre una criolla blanca y un huérfano negro.

El secreto transforma a ambos en personas diferentes y éste es uno de los poderes del secreto: convertirnos en lo que anhelamos ser. Lo que una vez fue su realidad secreta es ahora su secreta irrealdad, por eso, la novela termina con la sencilla pintura que logró hacer Chicombú como anuncio de sus nuevos destinos: “en la inmensidad del paisaje dos figuras pequeñas, de espaldas, corriendo hacia el horizonte” (p. 83).

Como sabemos, toda sociedad y todo período histórico tienen normas de prudencia y de discreción social que los niños aprenden en la vida familiar, la vida

escolar, en las relaciones con iguales y en la vida pública. Pero, la literatura es un objeto estético privilegiado para dar a conocer las ideas preponderantes acerca del secreto. El rasgo sorprendente, sostenido y particular de que en la literatura argentina para niños se tematizan los secretos de infancia y se manifiesten múltiples capas del yo en sus historias se debe a la representación de un niño lector que es crítico de lo circundante y cuestionador de sus vínculos. Esta particularidad desafiante puede habilitarnos itinerarios diferentes de lecturas donde se tensionen las fronteras entre el secreto, la reserva y la privacidad.

Para ello, podemos tener en cuenta que el secreto, la reserva y la privacidad implican una experiencia de proximidad y distancia. Mientras la reserva y el secreto se ponen en práctica en las relaciones interpersonales, la privacidad parece indicar la ausencia total o parcial de cierto tipo de relaciones humanas. Cuando oculto a alguien un secreto, no he roto mi relación con esa persona: el secreto solamente califica o modifica esa relación en una modalidad menos abierta o más complicada. En cambio, cuando quiero mantener mi privacidad, no permito al otro que entre en relación conmigo. Expresado de otra manera, el secreto conforma, altera o protege la profundidad y la intimidad de las relaciones, mientras que la privacidad limita el acceso de una persona en relación con otra.

La reserva y la privacidad parecen compartir este gesto de esconderse. Sin embargo, la reserva sigue teniendo una cualidad relacional. La privacidad funciona para impedir que otros lleguen a enterarse de una información íntima sobre mí o que influyan en mí o ejerzan sobre mí un control que coapte mi derecho a tomar mis propias decisiones personales e íntimas. Una persona que quiere mantener su privacidad niega activamente a los de afuera el acceso en conjunto a esferas de lo personal, lo íntimo o lo privado, como la anónima niña que tiene un monstruo en su bolsillo.

En conclusión, por medio del secreto y de la reserva, exploramos constantemente las fronteras interpersonales, determinamos las esferas de intimidad y definimos la naturaleza de nuestras relaciones con los demás. Lo revelador en las ficciones argentinas para niños es que el lector se enfrenta a un “inconsciente

estético” (Rancière, 2011) que atraviesa la palabra y la imagen para probar que hay un sentido en lo que parece no tenerlo, un secreto de diferentes dimensiones en toda relación y una “carga de pensamiento” en lo que oculta un niño. Por eso, la dimensión estética de los secretos en la literatura infantil argentina nos permitirá seguir trazando itinerarios de lecturas donde los lectores hallarán que la invención gana la partida.

## Referencias bibliográficas

- Andruetto, M. T. (2006). *Huellas en la arena*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Bombara, P. (2012). *La casa de los secretos*. Buenos Aires: SM, El Barco de Vapor, Rojo.
- Cabal, G. (1995). *Secretos de familia*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Isol (2012). *Secreto de familia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Janet, P. (1992). *De la angustia al éxtasis*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kant, I. (1988). *Lecciones de ética*. Barcelona: Crítica.
- Montes, G. (1988). *Tengo un monstruo en el bolsillo*. Buenos Aires: Coquena Grupo Editor- Libros del Quirquincho.
- Petit, M. (2008). *Una infancia en el país de los libros*. Barcelona: Océano Travesía.
- Rancière, J. (2005). *El inconciente estético*. Buenos Aires: del Estante.
- Schujer, S. (2009). *Cuentos cortos, medianos y flacos*. Buenos Aires, Colihue.
- \_\_\_\_\_ (2010). *Un cuento de amor en mayo*. Buenos Aires: Alfaguara.
- Simmel, G. (1986). *Sociología Volumen 2*. Madrid: Alianza.
- Van Manen, M. y Levering, B. (1999). *Los secretos de la infancia*. Barcelona: Paidós.